

# La muerte de los nobles y su relación con la diferenciación social entre los mexicas

Pablo Hernández Aparicio  
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

## RESUMEN

Entre los mexicas, los ritos mortuorios y el destino después de la muerte colaboraban para destacar la diferenciación social. No existía un “paraíso” exclusivo para los señores y sus familiares, sino que la forma de morir, dispuesta por los dioses, determinaba el lugar de reposo. Tras el fallecimiento, la composición anímica del ser humano se dispersaba hacia el cosmos, el reino de los dioses y la tierra, o bien se transformaba en elementos como las enfermedades. Tanto nobles como plebeyos podían ser elegidos por Huitzilopochtli y Tláloc para habitar en algún “paraíso”. Las fuentes muestran a los segundos en el reino de los muertos y de manera simultánea en el paraíso del Sol. Si algún plebeyo aspiraba a obtener renombre, debía ser un elemento efectivo en la guerra o elegido por Tláloc—lo cual era más difícil—, en tanto que los nobles podían propiciar la elección de las deidades por medio de las muertes rituales de víctimas en sustitución de sus personas.

*Palabras clave:* muerte, rito mortuario, entidades anímicas, diferenciación social, mexica.

## ABSTRACT

Among the Mexicas, mortuary rituals and the destination of man after death worked together to highlight social differentiation. There was no exclusive “paradise” for lords and their relatives, instead the way an individual died, decreed by the gods, determined the deceased’s final resting place. After death, the spiritual composition of the human being was dispersed to the cosmos, to the realm of the gods, the earth, or else transformed into harmful agents such as diseases. Both nobles and commoners could be chosen by the gods Huitzilopochtli and Tlaloc to dwell in a “paradise.” The sources refer to the latter in the realm of the dead and simultaneously in the paradise of the Sun. If a commoner aspired to fame, he had to be an outstanding warrior or chosen by Tlaloc—which was more difficult—meanwhile a noble could attain selection by the gods through the ritual deaths of a victim to substitute his persona.

Keywords: death, mortuary rite, animic entities, social differentiation, Mexica.

*Ubicación geográfica y antecedentes generales de la comunidad*

Entre los mexicas la muerte, al igual que el nacimiento, indicaba las diferencias entre sus integrantes. Los nobles eran ricamente ataviados y tenían un funeral especial. El nacimiento de un *pilli* (noble) se interpretaba como un beneficio que las deidades daban a la humanidad. Huitzilopochtli y Tezcatlipoca enviaban a un representante que guiaría a los seres humanos. Por ello la muerte de un noble era motivo de dolor. Si se trataba de un gobernante, se decía que el grupo perdía a su guía, entraba en decadencia y estaba en serio peligro de desaparecer.

En la cosmovisión nahua todos los seres humanos que fallecían por muerte natural descendían al inframundo o Mictlán. Patrick Johansson (2000: 158) observa que en el mundo náhuatl “todo lo que muere, plantas y animales, entra en descomposición involutiva que pertenece al espacio-tiempo donde impera Mictlantecuhtli. Los moradores de estos inhóspitos páramos ingieren lo descompuesto y lo putrefacto y lo regeneran siguiendo asimismo el modelo que establecen los ciclos naturales de la vida”. En cambio, si la muerte les llegaba por elección de algún dios, a causa del combate en guerra, por enfermedades relacionadas con el agua, por el impacto de un rayo o, en el caso de las mujeres, durante el parto, su destino no era el Mictlán, sino que eran beneficiados con la entrada al reino de Tláloc o bien al reino del Sol.

Después de la muerte los *pipiltin* (nobles) conservaban un lugar privilegiado cerca del dios supremo, pero esto no significaba que los *macehualtin* (plebeyos) no tuvieran acceso a alguno de los paraísos. Los dioses disponían de la vida y muerte de los seres humanos, por lo que sólo a ellos les correspondía elegir quiénes habitarían sus dominios y gozarían de sus dádivas tras la muerte. Es decir, los paraísos nahuas Tlalocan y Tonatiuhichán no eran privilegios de los que sólo gozaban los nobles. No se cuenta con los elementos suficientes para determinar la existencia de un paraíso o sitio exclusivo de los nobles; sin embargo, es posible señalar que sí gozaban de un lugar privilegiado y asegurado cerca del sol Huitzilopochtli debido a los servicios prestados en vida, como la realización de los cultos destinados a las deidades, la obtención de cautivos para el sacrificio ritual y el ejercicio del gobierno.

Este trabajo se enfoca en las oraciones y los discursos relacionados con la muerte, a fin de mostrar que la muerte colaboraba a destacar las diferencias sociales. Los nobles poseían una especie de origen divino al ser portadores de la energía de los dioses, lo cual les garantizaba su ingreso al paraíso del Sol.

Antes de dar paso al análisis del destino de la esencia de los seres humanos es necesario hacer un breve recorrido por los tratamientos mortuorios.

*El funeral, las entidades anímicas y la diferenciación social*

Todos los muertos por causas naturales eran incinerados, pero aquellos que morían por elección de Tláloc, es decir, los hidrópicos, bubosos, fallecidos en las aguas o por haber sido golpeados por un rayo eran enterrados. Respecto al funeral de los funcionarios, Hernando de Alvarado Tezómoc (2001: 245) hizo una descripción de la forma en que adornaban el cuerpo: “Los vestían y adornauan muy rricamente con bezoleras, orexeras de oro y con sus brazaletes de oro con plumería”.

La esencia de los objetos acompañaba a los hombres en su viaje al otro mundo. Es decir, los bienes de prestigio marcaban las diferencias sociales aun después de la muerte. En otra parte del rito mortuario se realizaban sacrificios de enanos y corcovados, a los cuales se les decía: “Hijos míos, yd a la buena ventura con u[uestro] señor, el rey Axayaca a la otra vida, que allá os guarda con los rregalos y contentos del mundo. Y no perdáis de las cosas [que] heran de u[uestro] señor, lleuádselos”. El número de sacrificados variaba según el prestigio del noble al que estuvieran destinados a servir tras la muerte. Esto evidencia una forma de acceso al paraíso solar por medio de otro mecanismo que no era la guerra, sino en este caso por tratarse de un servidor del *tlahtoani*.

El cuerpo del gobernante era incinerado, una acción interpretada por Doris Heyden (1997: 89) como una forma de recordar la inmolación de los dioses que dieron lugar al Quinto Sol. A lo largo del rito mortuario se realizaban oraciones, cantos, y por último las cenizas se depositaban cerca del Templo Mayor o en el edificio de Cuauhxiclco —ubicado al oeste del Templo Mayor—. Lo anterior muestra que los mexicas nobles permanecían aun después de la muerte con una enorme carga anímica que les permitía estar en los lugares más sagrados de la ciudad (Román y López Luján, 1999: 36-39).

Para tener un acercamiento al destino tras la muerte de la esencia de los nobles, tomo un fragmento de la narración realizada por Diego Durán en torno a la muerte de Axayácatl. Tras el deceso del soberano se dio la noticia a los señores de las ciudades aliadas de Texcoco y Tlacopan; también se informó a los pueblos sujetos a la Excan Tlatoloyan. Durán (2002: 352) refiere que tras la muerte del *tlahtoani* “se leuantó gran llanto y sentimiento, especialmente los reyes, delante de los mensajeros, empezaron á llorar y á mostrar gran pesar y tristeza por la muerte de un rey tan mozo y tan valeroso”.

En este breve fragmento sobre la muerte de Axayácatl salta a la vista el hecho de narrar la muerte de un personaje lleno de virtudes, valentía y digno de ser segui-

do por nobles y plebeyos, con lo que ponía el ejemplo a los *pipiltin* que aspiraran a algún cargo de poder. Cualquier gobernante debía ser similar o de ser posible mejor que el señor apenas fallecido. Otro aspecto importante es el llanto de los aliados y, todavía más, el de aquellos que se encontraban sujetos a su poder, pues lejos de alegrarse o aprovechar la falta de un dirigente mexica para rebelarse contra Tenochtitlán, en el relato se les muestra lamentando la pérdida de su señor. Frances Berdan (2011: 35) observa que las ciudades sometidas a la Excan Tlatoloyan aprovechaban cualquier debilidad de Tenochtitlán para levantarse en su contra y buscar su libertad: “La incertidumbre vivida tras la muerte de un gobernante imperial y ante la selección de un sucesor fueron ocasión óptima para la rebelión”. Esto ocurrió con las entronizaciones de Itzcóatl, Motecuhzoma Ilhuicamina y Ahuítzotl, lo cual es muestra de que las ciudades tributarias no necesariamente lamentaban el deceso del *tlahtoani* de Tenochtitlán.

Se puede decir que en este tipo de relatos, si bien el llanto tiene un fin ritual en el que se despidió al fallecido por medio de las lágrimas –que junto con las oraciones y palabras eran una forma de purificación del pueblo afectado por la muerte (Graña, 2009: 165; Johansson, 2000: 175)–, al colocar a los pueblos sujetos como parte de los dolientes se proyectaba una imagen de aceptación del dominio mexica, pues se sumaron al duelo e incluso asistieron para ofrecer unas palabras ante el cadáver de Axayácatl.

Otra oración relacionada con la visión del duelo por la pérdida del gobernante es la siguiente: “¡Oh pobrecitos maceguals que andan buscando su padre y su madre, y quién los ampare y gobierne, bien así como el niño pequeño que anda llorando, buscando a su madre y a su padre cuando están ausentes, y recibe gran angustia cuando no los halla!” (Sahagún, 1989: 320). Los plebeyos lloraban a su *tlahtoani* porque él era su guía, apoyo, sustento y protección: sin él quedaban absolutamente vulnerables a cualquier daño.

Para continuar con lo acontecido tras la muerte de Axayácatl, Diego Durán (2002: 353) refiere que el señor de Texcoco:

Le empezó a hablar de esta manera, llorando: “hijo mio; mancebo muy valeroso y excelente Axayacatl tecutli: esta será la última vez que veré tu cara: ya as llegado al lugar donde allarás á tus parientes y señores tus antepasados, donde como un paxarito que vuela as ido á gozar del Señor de lo criado, del día y de la noche, del aire y del fuego[”. Posteriormente el señor de Tlacopan digie unas palabras al cuerpo del *tlahtoani*:] “Hijo mio: solo y desamparado as dexado y sin consuelo á esa tu república y ciudad de Méxi-

co, sujetaá lo que el Señor de lo criado querra hacer della, mañana ó esotro día: ya que te dejado este cuidado para siempre, pues no podrán tener el recurso y amparo que so-  
lian en ti: ya as llegado al lugar de tus parientes y antepasados, los Señores: ya estás acostado y descansando á la sombra de los prados sombríos de las nueve bocas de la muerte y en la casa de la lumbré resplandeciente del sol, donde tus antepasados están: descanse agora, hijo mio, tu cuerpo” [...] llegaron los de Chalco y hicieron el razonamiento siguiente: “Señor poderoso: seas muy bien allado: descanse tu cuerpo y tome sosiego con esta muerte, pues nos prestó el Señor de lo criado por algunos días tu presencia y valor y á nosotros tus vasallos los clacas” [...] Luego llegaron los de Cuauhnhuac y de toda la tierra caliente, y haciendo la mesma lamentación, le dixeron: “Señor poderoso: la triste muerte te cortó el ylo de este señorío que dinamente te auia el Dios de lo criado, del día y de la noche emprestado: ya as dexado á estos señores y deudos tuyos solos y desconsolados, y as llegado á los ue antes de ti fueron y pasaron á la otra vida: aquí venimos ante tu presencia á someternos á las lágrimas y á la tristeza, juntamente con toda nuestra prouincia, como es justo que toda la tierra haga el mesmo sentimiento, pues perdió tan buen rey y señor, el qual tenia las veces de nuestro dios *Vitzilopochtli*, por lo qual todos quedamos huérfanos y desamparados.

Las palabras fúnebres que expresaron los *tlahtoque* muestran las concepciones en torno a la muerte entre la cultura náhuatl. Con la muerte del gobernante se iniciaba un proceso de dispersión de las fuerzas anímicas que componían su ser: el *teyolia*, que residía en el corazón —órgano de las facultades de razonamiento y lazo con el linaje—, era el componente que viajaba a los reinos de los dioses donde residían los muertos; el *tonalli* se ligaba con la identidad personal del sujeto y tras la muerte era resguardado en la tierra —los familiares eran quienes lo mantenían por medio de las cenizas del muerto y un mechón de cabellos—; por último, el *ihíyotl* era parte de los impulsos humanos, y tras la muerte se dispersaba en el mundo humano y tenía la particularidad de transformarse en aspectos como fantasmas o enfermedades (López Austin, 1999: 7).

Alfredo López Austin (*ibidem*: 8) observa que la muerte en el mundo náhuatl se relacionaba con la posesión de un dios sobre la persona: “Cada dios elegía a sus súbditos y los mataba con sus poderes específicos”. En el anterior discurso se observa una aparente contradicción, cuando se decía al *tlahtoani*: “Ya estás acostado y descansando á la sombra de los prados sombríos de las nueve bocas de la muerte y en la casa de la lumbré resplandeciente del sol, donde tus antepasados están: descanse agora, hijo mio, tu cuerpo”, puesto que muestra a la esencia del ser humano tanto en el Mictlán como en la casa del Sol. Es probable que se pensara que los gober-

nantes, antes de ascender al Tonatiuhichán, debían pasar por el inframundo, o bien que una parte de ellos fuera asimilada por “las nueve bocas de la muerte”. Acaso se tenía la creencia de que al perder la atadura del cuerpo material, los compuestos anímicos de los seres humanos adquirirían el poder de estar en lugares distintos al mismo tiempo, de modo que al descender al inframundo —equivalente al vientre de la mujer— se convertía en “un espacio-tiempo con carácter regenerativo” (Johansson, 2003: 50). La energía del noble regresaría a formar parte del ciclo de la vida, mientras que “una parte del *Teyolia*, la que corresponde al fuego de las divinidades, es la que retorna a su fuente de origen, reintegrándose a ella; pero ya con las características de conciencia del hombre-dios en el que se alojó sobre la superficie de la tierra” (López Austin, 1989: 377). Asimismo, por medio del culto a los ancestros quedaba parte de su memoria y presencia en el mundo material, como señala Doris Heyden (1997: 106): “Aun cuando el *tlatoni* se marchitaba y desaparecía, quedaba al cuidado de su gente en forma deificada”.

De lo anterior se concluye que al astro solar le correspondía disponer de la vida de los nobles y los reclamaba para sí tras la muerte. Si bien no había un lugar exclusivo para los *pipiltin*, en los discursos mortuorios se infiere que existía un lugar donde todos se encontraban de nuevo. Se trataba de un lugar privilegiado para aquellos que servían al Sol. Una parte de la esencia de los nobles descendía al Mictlán, donde en forma paulatina se desintegraban para volver a formar parte del ciclo de la vida, pero otra emprendía el retorno hacia la bóveda celeste. No se llegaba hasta la región conocida como “del cerca y el junto”, sino que se ascendía hasta el Tonatiuhichán para seguir sirviendo al Sol en su batalla diaria contra las fuerzas nocturnas. Otro aspecto importante consiste en observar que todos los *tlahtoque* estaban destinados a una especie de paraíso, lo cual se observa en el siguiente fragmento:

Desde Tamoanchan, donde se yergue el Árbol Florido, vienen nuestros reyes, tú, Motecuzoma, y Totoquihuatzin. Habéis llegado aquí donde está el patio florido. Ya levantaís vuestro canto hermoso [...] Habéis llegado al centro de las flores. Y allí ya estáis agitando vuestro florido atabal, vuestra florida sonaja. Habéis llegado donde está el patio florido. Ya levantaís vuestro hermoso canto (*Poesía náhuatl II*, 2000: 8).

A este paraíso se tenía acceso por medio de la muerte en batalla, es decir, una muerte que permitiera la expansión y gloria de Tenochtitlán. La muerte ideal para la elite mexica se aprecia con mayor claridad en la poesía náhuatl:

Sólo tu riqueza, oh por quien se vive, la muerte al filo de la obsidiana, la muerte en guerra. Con la muerte en guerra os daréis a conocer. Al borde de la guerra, cerca de la hoguera os dais a conocer [...] Sólo el renombre. El señorío muere en la guerra: un poco se lleva hacia el sitio de los descorporizados (*Poesía náhuatl I*, 2000: 88-89).

Si algún plebeyo o noble aspiraba a ganar fama y renombre, debía comportarse como un elemento efectivo en la guerra, lo cual lo ayudaba a gozar de una especie de inmortalidad en la memoria colectiva. La muerte en batalla era deseable y honrosa. Por ello se decía: “¡Viniste a ver lo que quería tu corazón: La muerte al filo de la obsidiana!” (*Poesía náhuatl II*, 2000: 54). Si un guerrero moría en batalla, era honrado con el acceso al Tonatiuhichán para colaborar con el mantenimiento del equilibrio universal.

Los guerreros mexicas vivos y muertos tenían el mismo trabajo: ayudar al sol a salir cada mañana. Como señala Eduardo Matos Moctezuma (2003: 64): “El control ideológico a que estaban sometidos estos pueblos los llevaba a condicionar el lugar a donde se iría para tener elementos dispuestos a morir en la guerra, ya que de manera indiscutible el lugar más deseado era ir con el Sol”. Sin embargo, este control ideológico tenía sus límites, pues al igual que el Tonatiuhichán, el Tlalocan era un lugar de suma importancia y muy deseable entre los seres humanos, aunque a éste sólo se llegaba por elección de Tláloc. De los elegidos por el dios de la lluvia refiere Sahagún (1989: 380):

También aquellos que son muertos de rayo, porque todos éstos dijeron los viejos que, porque los dioses los aman, los llevan para sí al Paraíso Terrenal para que vivan con el dios llamado Tlalocatecuhtli [...]. Estos así muertos están en la gloria con el dios Tlalocatecuhtli, donde siempre hay verduras, maizales verdes y toda manera de yerbas y flores y frutas; jamás se secan en aquel lugar las yerbas y las flores, etcétera. Siempre es verano; siempre las yerbas están verdes y las flores frescas y olorosas.

Los hombres elegidos por Tláloc tenían un lugar privilegiado sin necesidad de ser gobernantes o nobles ni de morir en batalla. Sin embargo, los nobles podían propiciar la elección de los dioses mediante las muertes rituales de víctimas que sustituían a su persona: “Éstas eran singularmente atributo de los nobles y de las personas de las clases dirigentes: ellas sobre todo hacían la guerra y capturaban a los prisioneros y ellas sobre todo tenían los medios para costearse las víctimas” (Graulich, 1990: 273), lo cual les daba una posibilidad mucho más amplia de llegar a cualquiera de los paraísos.

El mundo material se percibía como un lugar lleno de pesares, dolencias y aspectos que dañaban al ser humano; el consuelo era que, tras la muerte, los nobles y los elegidos de los dioses viajaban a un lugar más estable, donde recibirían una especie de recompensa por su labor de guiar a los *macehualtin*. Los poetas nahuas muestran al cielo como un lugar de consuelo: “Dicen que dentro del cielo hay dicha, es persistente el canto, y con él se disipa nuestro llanto y tristeza, su casa es lugar de vida [...] eso lo saben vuestros corazones, oh príncipes!” (*Poesía náhuatl II*, 2000: 41).

El lugar de reposo de los *pipiltin* también tenía una especie de jerarquía, como se entrevé en el *Canto de Axayacatzin a Itzcóatl*, en el cual se dice: “Bajó aquí la muerte florida: llegó aquí hasta la tierra: la hacen en Tlapalla los que con nosotros viven. El llanto se va elevando, por allá uno es puesto en su sitio, en el interior del cielo” (*ibidem*: 15). Es decir, aun cuando algún plebeyo llegara a este lugar, debía respetar una jerarquía religiosa. La muerte reafirmaba la posición social de los nobles y los mostraba como legítimos servidores de los dioses, que los arropaban en sus dominios tras la muerte. Esto queda ilustrado con claridad por los informantes de Sahagún (1989: 379):

Dixeron los viejos que el Sol los llamó para sí y para que vivan con él allá en el Cielo, para que le regocijen y canten en su presencia y le hagan placer. Éstos están en continuos placeres con el Sol; viven en continuos deleites; fustán y chupan el olor y zumo de todas las flores sabrosas y olorosas; jamás sienten tristeza ni dolor ni desgusto, porque viven en la casa del Sol, donde hay riquezas y deleites.

### *Bibliografía*

- ALVARADO TEZOZÓMOC, Hernando de, *Crónica mexicana*, Madrid, Dastin, 2001.
- BERDAN, Frances, “Rebeliones contra Tenochtitlán”, en *Arqueología Mexicana*, vol. XIX, núm. 111, 2011.
- DURÁN, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de tierra firme*, México, Conaculta, 2002.
- GRAÑA BEHRENS, Daniel, “El llorar entre los nahuas y otras culturas prehispánicas”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, núm. 40, 2009.
- GRAULICH, Michel, *Mitos y rituales del México antiguo*, Madrid, Istmo, 1990.
- HEYDEN, Doris, “La muerte del tlatoani. Costumbres funerarias en el México antiguo”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, núm. 27, 1997.
- JOHANSSON K., Patrick, “La muerte en Mesoamérica”, en *Arqueología Mexicana*, vol. X, núm. 60, 2003.
- \_\_\_\_\_, “Escatología y muerte en el mundo náhuatl precolombino”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, núm. 31, 2000.



LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, “Misterios de la vida y de la muerte”, en *Arqueología Mexicana*, vol. VII, núm. 40, 1999.

\_\_\_\_\_, *Cuerpo humano e ideología*, México, IIA-UNAM, 1989.

MATOS MOCTEZUMA, Eduardo, *Vida y muerte en el templo mayor*, México, FCE, 2003.

*Poesía Náhuatl I. Romances de los señores de la Nueva España. Manuscrito de Juan Bautista de Pomar, Tezcoco, 1582*, México, IIH-UNAM, 2000.

*Poesía Náhuatl II. Cantares mexicanos. Manuscrito de la Biblioteca Nacional de México*, México, IIH-UNAM, 2000.

ROMÁN BERRELLEZA, Juan Alberto y Leonardo LÓPEZ LUJÁN, “El funeral de un dignatario mexicana”, en *Arqueología Mexicana*, vol. VII, núm. 40, 1999.

SAHAGÚN, Bernardino de, *Historia general de las cosas de la Nueva España. Primera versión íntegra del texto castellano del manuscrito conocido como Códice Florentino*, 2 vols., México, Conaculta / Alianza, 1989.